

PARTE II. cabo de pocos dias no quedará un solo musulman dentro de los muros de Granada ¹⁹. "¡Así," esclama el devoto Ferreras, "la Providencia se sirvió de las tinieblas del calabozo para disipar las de los obcecados espíritus de los infieles, derramando en ellos la luz de la verdadera fe!" ²⁰.

Destruye Cisneros los libros arábigos.

Adelantaba ya la conversion á pasos agigantados, porque á los demas motivos se habia agregado el del terror. Pero el fogoso propagandista, acalorado con los triunfos que obtenia, no solo resolvió estirpar la infidelidad, sino hasta los documentos en que pudiera quedar consignada su doctrina. Mandó en su consecuencia hacer una grande hoguera de todos los manuscritos arábigos que pudo haber á las manos, en una de las plazas principales de la ciudad. La mayor parte de ellos eran copias del Alcoran, ú obras que tenian mas ó menos conexion con su teología; pero habia otros muchos que trataban de varias materias científicas. Los mas estaban escritos con primor y adornados con magníficos dibujos y encuadernaciones; porque los árabes de España aventajaban á todas las naciones de Europa en lo relativo á finura y perfeccion artística. Pero ni la magnificencia de los adornos exteriores, ni el mérito intrínseco de las obras, pudieron atenuar la culpa de la herejía á los ojos del duro inquisidor. Verdad es que reservó para su universidad de Alcalá trescientas obras de medicina, ciencia en que los moros estaban tan adelantados en aquel tiempo, cuanto los europeos atrasados; pero todos los demas que subian á muchos miles ²¹, fueron condenados indistintamente á las fla-

¹⁹ Robles, Rebelion de Moriscos, cap. 14.—Suma de la Vida de Cisneros, MS.—Gomez, De Rebus Gestis, folio 30.—Mármol, Rebelion de moriscos, libro 1, cap. 25.

El moro Zegrí tomó el nombre de bautismo del Gran Capitan, Gonzalo Hernandez, cuyo valor habia experimentado en un encuentro personal en la vega de Granada. Mármol, Rebelion de moriscos, ubi supra.—Suma de la Vida de Cisneros, MS.

²⁰ Hist. de España, tomo VIII, página 195. (trad. franc.)

²¹ Segun Robles (Rebelion de moriscos, p. 104), y segun la Suma de la Vida de Cisneros, llegaron á un millon cinco mil; segun Conde (El Aubiense, Descripcion de España, p. 4, nota), á ochenta mil; y segun Gomez y otros, no pasaron de cinco mil. Dificil es encontrar dato alguno para conjeturar cosa que parezca siquiera probable en tan monstruosa divergencia. La célebre biblioteca de los Omiadas de Córdoba se dice que llegó á contener seiscientos mil volúmenes. Esta habia desaparecido mucho tiempo hacia, y nunca se pensó en

mas ²². Lo mas sensible es que aquel triste auto de fe fuera celebrado, no por un bárbaro sin instruccion, sino por un prelado de muchos conocimientos, que entonces mismo estaba empleando con el mayor afan sus cuantiosas rentas para la publicacion de la obra literaria mas portentosa de su tiempo, y en la fundacion de la universidad donde se habia de reunir el mayor saber de España ²³. Y sucedió esto, no en las tinieblas de la media edad, sino cuando ya empezaba á alborear el siglo XVI, y en el seno de una nacion ilustrada, que debia gran parte de sus adelantos á aquellos mismos tesoros del saber de los árabes. Este hecho se presenta como en contraste al sacrilegio que se atribuye á Omar haber cometido ocho siglos antes ²⁴, y demuestra que la supersticion es siempre la misma en todas las religiones y en todos los tiempos.

El daño ocasionado por aquel acto, lejos de reducirse á la pérdida inmediata, se hizo sentir aun mas terriblemente por sus consecuencias. Todos los que pudieron ocultaron los libros que tenian, esperando ocasion de sacarlos del país, y de esta manera se embarcaron secretamente muchos millares de ellos para Berberia ²⁵. Así fué que

Funestos efectos de aquella destruccion.

hacer coleccion semejante en Granada, donde las letras y ciencias no llegaron jamas al estado de superioridad y brillo que alcanzaron bajo la dinastía de Córdoba. Sin embargo, aun habia allí hombres instruidos, y naturalmente la capital de los meros debia ser depósito de los tesoros literarios que se habian librado de la destruccion general del tiempo y de los sucesos. Considerado todo, parece que el cálculo de Gomez es muy reducido, y el de Robles en extremo exagerado. Conde, dotado de mas conocimientos en la literatura arábica que ninguno de sus predecesores, puede ser acaso en esto, como en otras cosas, el que mas crédito merezca.

²² Gomez, De Rebus Gestis, lib. 2, fol. 30.—Mármol, Rebelion de moriscos, lib. 1, cap. 25.—Robles, Vida de

Ximenez, cap. 14.—Suma de la Vida de Cisneros, MS.—Quintanilla, Archetipo, p. 58.

²³ Y todavía el fanatismo del arzobispo podia encontrar algun apoyo en la capital mas culta de Europa. La facultad de teología de París declaró algunos años adelante "que c'en était fait de la religion, si on permettait l'étude du Grec et de l'Hébreu!" Villers, Essai sur l'Esprit et l'Influence de la Reformation de Luther (Paris, 1820), página 64, nota.

²⁴ El argumento que en contra hace Gibbon, si no destruye por su base la anécdota de la quema de la biblioteca de Alejandría, por lo menos da lugar á fundadas dudas acerca del pretendido número y mérito de las obras destruidas.

²⁵ El erudito granadino Leon Afri-

PARTE II. las obras de la literatura arábica huyeron de las bibliotecas del mismo país en que habían nacido; y el saber de los árabes, que un tiempo había estado tan floreciente en España, y esto en medio de los siglos menos cultos, decayó progresivamente por falta de pábulo para mantenerle. Tales fueron los tristes resultados de aquella persecución literaria, más funestos bajo cierto aspecto que la que se dirige contra la vida, porque la falta de un individuo apenas podrá sentirse más allá de su generación, al paso que la ruina de una obra de mérito, ó en otros términos, del espíritu mismo revestido de una forma permanente, es pérdida para todos los tiempos sucesivos.

El terrible rigor con que Cisneros dictaba y hacia ejecutar sus medidas produjo ya serios temores en muchos de los castellanos más prudentes y templados que residían en aquella ciudad. Rogábanle éstos que usase de más miramientos, haciéndole ver que violaba manifiestamente el tratado, y que no convenían las conversiones forzadas, las cuales, según el orden natural, no podían ser duraderas. Pero el arzobispo, pertinaz, no les contestaba sino que "la política suave podía convenir para los asuntos temporales, pero no cuando se trataba del bien de las almas; que el incrédulo, si no quería venir por sí mismo á camino de salvación, debía ser traído á pesar suyo, y que no era tiempo de detenerse cuando se estaban ya desplomando hasta los cimientos del mahometismo." En su consecuencia continuó su obra con imperturbable resolución ²⁶.

Pero ya la paciencia de los moros, que maravillosamente se había sostenido bajo tal sistema de opresión, empezaba á agotarse. Cualquiera podía ver multitud de señales de este término aun con ojos menos perspicaces que los del arzobispo, al cual cegaban sus mismos triunfos. Al fin, en tal estado de exaltación de los ánimos, ocurrió cierto incidente que vino á producir una explosión general.

cáno, que emigró á Fez después de la caída de la capital, hace mención de una librería perteneciente á un particular, compuesta de tres mil manuscritos, que él vió después en Argel, adonde habían sido transportados secretamente por los moriscos de España.—Conde,

Dominación de los árabes, prólogo.—Casiri, Bibliotheca Escorialensis, t. 1, p. 172.

²⁶ Gomez, De Rebus Gestis, fol. 30.—Abarca, Reyes de Aragon, rey 30, cap. 10.

Tres criados de Cisneros habían ido por un asunto al Albaycín, barrio habitado exclusivamente por moros, y circuido de murallas que le separaban del resto de la ciudad ²⁷. Aquellos sujetos eran en extremo odiosos á los moros por la actividad que desplegaban en servicio de su señor. Originóse pues una disputa entre ellos y algunos habitantes del barrio, y llegando á las armas, quedaron muertos en la refriega dos de los criados, librándose el tercero con mucha dificultad de manos de la plebe enfurecida ²⁸. Esta reyerta fué como la señal de la insurrección. Los habitantes de aquel barrio corrieron á las armas, se hicieron dueños de las puertas, atravesaron palizadas en las calles, y á las pocas horas estaba en rebelión todo el Albaycín ²⁹.

Llegada la noche, una gran parte de la muchedumbre enfurecida penetró en el resto de la ciudad, dirigiéndose á la casa donde se hallaba Cisneros, con resolución de tomar en él pronta venganza de las persecuciones que les hacía sufrir. Afortunadamente su palacio era fuerte, y le defendían numerosos dependientes decididos y bien armados. Instaban éstos á su señor, en cuanto vieron que se acercaba la plebe, á que se refugiara, si era posible, en la fortaleza de la Alhambra, donde estaba con las tropas el conde de Tendilla; pero aquel intrépido prelado, que tenía en muy poco la vida para que pudiera ser cobarde, exclamó: "¡No quiera Dios que busque mi seguridad cuando la de tantos fieles peligrará! No; estaré en mi puesto, y en él esperaré, si así lo dispone el cielo, la corona del martirio ³⁰." Preciso es confesar que la tenía bien merecida.

Pero la fortaleza del edificio resistió á los más furiosos ataques de las turbas; y finalmente, después de algunas horas de terrible incerti-

²⁷ Casiri, Bibliotheca Escorialensis, t. II, p. 281.—Pedraza, Antigüedad de Granada, lib. 3, cap. 10.

²⁸ Gomez, De Rebus Gestis, fol. 31.

Hay algunas diferencias, si bien de poca importancia, entre la relación de Gomez y las de otros autores; pero atendidos los medios particulares que Gomez tenía para adquirir noticias exactas, su voto vale más que el de todos los otros.

²⁹ Suma de la Vida de Cisneros, MS.—Gomez, De Rebus Gestis, lib. 2, fol. 31.—Mármol, Rebelion de moriscos, lib. 1, cap. 26.

³⁰ Robles, Vida de Ximenez, capítulo 14.—Mariana, Hist. de España, libro 27, cap. 5.—Quintanilla, Archetypo, p. 56.—Pedro Mártir, Opus. Epist., epist. 212.

PARTE II. dumbre y ansiedad para los de dentro, llegó el conde de Tendilla en persona á la cabeza de sus guardias, y consiguió dispersar á los sublevados, haciéndolos huir á su barrio. Mas no hubo razones ni diligencias capaces de hacer volver al órden á aquella plebe amotinada, ni de persuadirla á que se diera á partido. Al contrario, llegaron á apedrear al enviado que les llevaba proposiciones de paz del conde de Tendilla, se organizaron nombrando gefes, reunieron armas, y adoptaron todos los demas medios de defensa que pudieron. Parecia que entusiasmados con la memoria de su libertad antigua, se hallaban resueltos á sacrificarlo todo por recobrarla³¹.

Talavera apacigua á los sublevados.

Finalmente, despues de haberse pasado muchos dias en aquella tumultuosa situacion, Talavera, el arzobispo de Granada, quiso probar si podria conseguir algun efecto con su influencia personal, que tan grande habia sido hasta entonces con los moros, y resolvió visitar por sí mismo el barrio rebelde. Puso en ejecucion este noble propósito, á pesar de las súplicas encarecidas que en contra le hacian sus amigos. Acompañado solamente de su capellan, y llevando delante la cruz y algunos criados, todos á pié y sin armas, se presentó en medio de los sublevados. A la vista de su venerable pastor, y de aquel rostro lleno de la misma serenidad y dulzura que en él observaban cuando les dirigia sus exhortaciones desde el púlpito, aplacóse la irritacion de la muchedumbre; parecia que todos deseaban entregarse á los tiernos recuerdos de lo pasado; y el pueblo sencillo se agolpó en derredor del buen arzobispo, arrodillándose y besando la punta de sus vestiduras, como para implorar su bendicion. El conde de Tendilla, en cuanto lo supo, se presentó tambien en el Albaycin, acompañado solamente de muy pocos soldados. Habiendo llegado á la plaza donde las gentes estaban reunidas, echó el birrete en medio, en señal de que venia de paz. Esta accion fué contestada con aclamaciones; y el pueblo, cuyos sentimientos habian ya tomado otro rumbo, recordando con su presencia el mando templado y bondadoso con que siempre los habia regido, le trató con el mismo respeto que al arzobispo de Granada³².

31 Mariana, Hist. de España, ubi supra.—Bleda, Corónica, lib. 5, cap. 23.—Mendoza, Guerra de Granada, p. 11.

32 Mármol, Rebelion de moriscos,

lib. 1, cap. 26.—Pedro Mártir, Opus. Epist., epist. 212.—Quintanilla, Archetipo, página 56.—Bleda, Corónica, ubi supra.

Los dos aprovecharon aquel favorable cambio de los ánimos de los moros para reprenderles su loca y temeraria conducta, la cual los esponia á verse comprometidos en lucha con fuerzas tan inmensas é impotentes como las de toda la monarquía de España; les rogaron que dejaran las armas, y volviesen á su anterior obediencia, prometiéndoles, si así lo hacian, que no se repetirían los agravios de que se quejaban, y que intercederian con los reyes para que los perdonasen. El conde, para inspirarles seguridad, dejó su mujer y dos hijos á manera de rehenes en el barrio del Albaycin, acto que manifestaba gran confianza en la integridad de los moros³³. Estas varias medidas, que fueron secundadas tambien por los consejos y autoridad de algunos de los principales alfaquís, produjeron el restablecimiento de la tranquilidad en el pueblo, el cual, abandonando su actitud hostil, volvió á entregarse á sus ocupaciones ordinarias³⁴.

Entretanto la fama de la insurreccion, exagerada como acontece casi siempre, llegó á Sevilla, donde entonces se hallaba la corte. En un punto hacia justicia, en echar toda la culpa del caso al immoderado celo de Cisneros. Éste, con la actividad que le distinguía, habia enviado desde el primer instante noticias del suceso á la reina, por medio de un esclavo negro muy andarín; pero habiéndose el negro embriagado en el camino, la corte estuvo muchos dias sin mas noticias que las que le trasmitia la voz pública. El rey, que como sabe el lector siempre habia mirado con disgusto la elevacion de Cisneros á la dignidad de arzobispo de Toledo, en perjuicio de su hijo, no pudo ya contener su indignacion, y se le oyó decir con burlas á la reina: "Nos ha de salir caro vuestro arzobispo, que con su imprudencia ha hecho perder en pocas horas lo que nos habia costado años ganar³⁵."

Desagrado de los reyes.

33 Mármol, Rebelion de moriscos, lugar citado.—Mendoza, Guerra de Granada, lib. 1, p. 11.

Que era fundada esta confianza, se infiere del dicho comun del arzobispo Talavera: "Que las obras de los moros y la fe de los españoles era todo lo que se necesitaba para hacer un buen cristiano." ¡Terrible censura para sus com-

patriotas! Pedraza, Antigüedad de Granada, lib. 3, cap. 10.

34 Pedro Mártir, Opus. Epist., epist. 212.—Bleda, Corónica, lugar citado.—Mármol, Rebelion de moriscos, ubi supra.

35 Mariana, Hist. de España, lib. 27, c. 5.—Robles, Vida de Ximenez, c. 14.—Suma de la Vida de Cisneros, MS.

PARTE II.
Cisneros se apresura á ir á la corte.

La reina, confundida por las noticias, y no sabiendo á qué atribuir el silencio de Cisneros, escribió á éste al momento en los términos mas fuertes, pidiéndole esplicacion de todo lo ocurrido. Conoció Cisneros su imprudencia en haber fiado negocio de tal importancia á manos de un hombre de la clase de su negro mensajero, y fué leccion, que como dice su moralizador biógrafo, le sirvió para todo el resto de su vida³⁵. Ansioso de reparar su falta, pasó luego en persona á Sevilla, y se presentó á los reyes. Allí les hizo relacion de todo cuanto se habia practicado: contó los muchos servicios que habia hecho, las persuasiones y exhortaciones que habia empleado, las grandes sumas que habia invertido, y los varios medios que habia puesto en uso para conseguir la conversion, antes de recurrir á la severidad; se declaró noblemente único responsable de todo lo que se habia hecho, confesando que de propósito no comunicó sus planes á los reyes por temor de que se opusieran á ellos; y dijo que si habia errado, en todo caso no se podia atribuir su error á otro motivo que á su grande celo por la Religion; pero que les aseguraba que el estado presente de las cosas era el mejor que se pudiera pensar para sus proyectos, porque los moros con su conducta se habian hecho reos de traicion, y de consiguiente habian incurrido en las penas de este delito, y seria un acto de clemencia perdonarlos con la condicion de {convertirse ó de salir desterrados!³⁷

Conversion de Granada.

Las palabras del arzobispo, si hemos de creer á su entusiasta historiador, no solamente disiparon el enojo de los reyes, sino que merecieron las muestras mas señaladas de aprobacion³⁸. Hasta qué punto se movieran Fernando é Isabel á concederla por la recomendacion última, se ignora; pero no la adoptaron de ningun modo en todo su rigor. Sin embargo, á su debido tiempo enviaron á Granada unos comisionados con amplias facultades para formar causa sobre las revueltas pasadas, y castigar á sus autores. En el discurso del proceso muchos fueron presos por sospechas, y entre ellos algunos de los principales habitantes. La mayor parte de los encausados transigieron abrazando el cristianismo; otros muchos vendieron sus bienes y pa-

³⁵ Gomez, De Rebus Gestis, fol. 32.

—Robles, Vida de Ximenez, cap. 14.

³⁷ Gomez, De Rebus Gestis, ubi supra.

³⁸ Gomez, De Rebus Gestis, fol. 33.

—Suma de la Vida de Cisneros, MS.

saron á las costas de África; y el resto de la poblacion, ya fuese por miedo del castigo, ó ya por el contagio del ejemplo, abjuró sus antiguas supersticiones, y consintió en recibir el bautismo. Calculóse el total de los convertidos en unos cincuenta mil, cuyas recaidas posteriores ofrecian mies casi inagotable á las sangrientas hoces de la inquisicion. Desde esta época, el nombre de moros, que progresivamente habia sustituido al primitivo de árabes de España, se convirtió en el de moriscos, por el cual continuó distinguiéndose aquel desgraciado pueblo en el resto de su prolongada existencia en la Península³⁹.

Las circunstancias con que se hizo este importante cambio de religion, en todos los habitantes de aquella populosa ciudad, solo pueden escitar en el dia sentimientos de disgusto mezclados de compasion por aquellas infelices gentes, que tan sin advertirlo se sujetaron á los terribles riesgos que habia de traerles cualquiera falta á su nueva fe. Los españoles preveian sin duda las ventajas políticas que se habian de seguir de una medida que despojaba á los moros de las inmunidades particulares que se les aseguraron por la capitulacion, y que los sujetaba de un golpe al derecho comun del país; sin que por ello deje de ser cierto que bajo el aspecto espiritual daban gran valor á la mera apariencia de conversion de cualquier modo y con cualesquiera disposiciones y circunstancias que se hiciera. El mismo Mártir, á pesar de su filosófica tendencia, y de que tenia tan poco de supersticioso como el que menos de su tiempo, manifiesta su regocijo por la conversion, considerando que aunque no pudiera romper la corteza de infidelidad que envolvía el espíritu de los musulmanes viejos y endurecidos, produciría sin embargo todo su efecto en sus hijos y descendientes, criados desde la cuna bajo la vigilante influencia de la disciplina cristiana⁴⁰.

Es aplaudida por los españoles.

³⁹ Bleda, Corónica, libro 5, cap. 23.—Mariana, Hist. de España, lib. 27.—cap. 5.—Pedro Mártir, Opus. Epist., epist. 215.—Mármol, Rebelion de moriscos, lib. 1, cap. 27.—Gomez, De Rebus Gestis, libro 2, folio 32.—Lanuza, Historias, t. 1, lib. 1, cap. 11.—Carvajal, Anales, MS., año 1500.—Bernaldez, Reyes Católicos, MS., cap. 159.—Este último autor hace subir el número

de los convertidos en Granada y sus cercanías á setenta mil.

⁴⁰ "Tu vero inquires," dice en una carta al cardenal de Santa Cruz, "hisdem in suum Mahometem vivent animis, atque id jure merito suspicandum est. Durum namque majorum instituta relinquere; attamen ego existimo, consultum optime fuisse ipsorum admitttere postulata: paulatim namque no-

PARTE II.

Por lo que hace á Cisneros, verdadero autor de todo, por mas que al principio se hubiera puesto en duda su tino y prudencia, luego se le elogió por los resultados. Todos admiraban ya la invencible energía de aquel hombre, que á despecho de los mas poderosos obstáculos habia producido, en tan poco tiempo, un cambio de tanta trascendencia en la fe de un pueblo educado desde la niñez en odio mortal al cristianismo y á los cristianos ⁴¹. Hasta el buen arzobispo Talavera se dice que exclamó con toda la sinceridad de su corazon: "que Cisneros habia alcanzado un triunfo mas sublime que el de Fernando é Isabel, porque éstos no habian conquistado mas que el territorio, ¡al paso que aquel habia ganado las almas de Granada! ⁴².

va superveniente disciplinâ, juvenum saltem et infantum atque eo tutius nepotum, inanibus illis superstitionibus abrisis, novis imbuentur ritibus. De senescentibus, qui callosis animis induruerunt, haud ego quidem id futurum inficior." Opus. Epist., epist. 215.

41 "Magnæ deinceps," dice Gomez, "apud omnes venerationi Ximenius esse cœpit. Porrò plus mentis acie videre quàm solent homines credebatur, quod re ancipiti, neque planè confirmata, barbara civitate adhuc suum Mahumetum spirante, tanta animi contentione, ut Christi doctrinam amplecterentur, laboraverat et effecerat." (De Rebus Gestis, folio 33.) Este panegírico del español, está adoptado por Fléchier (Histoire de Ximenes. p. 119), el cual, en el siglo de Luis XIV, ostenta la misma supersticion que pudiera haber en el de Fernando é Isabel.

42 Talavera habia mandado traducir al árabe, como ya hemos dicho, catecismos, oraciones y otros ejercicios de devocion, para uso de los convertidos, proponiéndose ampliar mas adelante la traduccion á toda la Escritura. Este tiempo habia llegado; pero Cisneros le habló con mucho calor contra semejante medida, diciéndole: "que seria echar margaritas á puercos el presentar las Escrituras á personas que se hallaban en estado de la mas crasa ignorancia,

y que no podrian menos de emplearlas para su propia perdicion, como decia S. Pablo; que la palabra de Dios se debia mantener en prudente misterio para el vulgo, que tiene poca reverencia á lo que es claro y manifiesto; que por esta razon el Salvador mismo encerraba sus doctrinas en parábolas cuando hablaba al pueblo; que las divinas Escrituras debian estar reservadas en las tres lenguas antiguas, que Dios con significacion mística permitió se inscribieran sobre la cabeza de su Hijo crucificado; y que la lengua vulgar no se debia emplear sino en algunos tratados de devocion y de moral, escritos por hombres piadosos para llenar de santo fervor el alma, y apartarla de las vanidades del mundo, escitándola á la contemplacion de Dios." De Rebus Gestis, folio 32 y 33.

Triunfo, como solia acontecer, la opinion mas mezquina, y Talavera abandonó su sabio y benévolo propósito. Las sagaces razones del primado hicieron deducir á su biógrafo Gomez, que Cisneros tuvo conocimiento profético de la herejía que habia de nacer con Lutero, la cual debió tanta parte de su suceso á las traducciones de la Escritura en lenguas vulgares; en cuya probable opinion le sigue, como acostumbra, el buen obispo de Nimes. Fléchier, Historia de Ximenes, pp. 117, 119.

CAPÍTULO VII.

SUBLEVACION DE LAS ALPUJARRAS.—MUERTE DE D. ALONSO DE AGUILAR.—EDICTO CONTRA LOS MOROS.

1500—1502.

Sublevacion de las Alpujarras.—Espedicion á Sierra Bermeja.—Don Alonso de Aguilar.—Su noble carácter y muerte.—Sangrienta derrota de los españoles.—Sumision definitiva de los sublevados á los españoles.—Cruel política de los vencedores.—Romances que se compusieron sobre aquellos sucesos.—Edicto contra los moros.—Causas de la intolerancia.—Ultima noticia de los moros en el presente reinado.



MIENTRAS en la capital de Granada iban las cosas tan prósperamente, aquellos sucesos producian general descontento en otras partes del reino, y especialmente en los naturales de los ásperos montes de las Alpujarras. Aquella cordillera de alpes marítimos, que se estiende por espacio de diez y siete leguas al sudeste de la capital de los moros, alargando sus sierras cual otros tantos brazos hácia el Mediterráneo, estaba cubierta de aldeas moriscas, que coronaban las peladas cimas de las montañas, ó matizaban el verdor de sus fragosas laderas y frondosos valles. Sus sencillos habitantes, reducidos al solitario albergue de sus montes, y acostumbrados á una vida de privaciones y trabajos, se habian libertado de los vicios, así como de las delicadezas de la civilizacion. En los tiempos antiguos daban robustos soldados para el ejército de los príncipes de Granada, y ahora todavía conservaban firme adhesion á sus antiguas instituciones y culto, la cual en las

CAP. VII.

Las alpujarras.